

Elogio de las torres

De lo urbano a lo rural. Crítica del mito de la batalla cultural

Pablo Huerga Melcón
Universidad de Oviedo

Resumen:

Se propone un análisis desde el materialismo filosófico a la idea de lo rural desde la idea de ciudad propuesta por Gustavo Bueno, y tomando en consideración la tesis de autores clásicos como Bertrand Hervieu o Jaime Izquierdo Vallina, según la cual no cabe aplicar a la idea de lo rural una esencia separada de lo urbano, frente al enfoque rousseauniano que interpreta el mundo rural como aproximado a la idea de naturaleza. Se aplica también la crítica de Gustavo Bueno a la idea metafísica de cultura que se maneja en la noción de batalla cultural y se reinterpreta dicho fenómeno en términos materialistas como un caso particular de lo que desde el marxismo se entiende como lucha de clases.

A philosophical materialist analysis is proposed of the idea of the rural from the idea of the city proposed by Gustavo Bueno, and taking into consideration the thesis of classical authors such as Bertrand Hervieu and Jaime Izquierdo Vallina, according to whom it is not possible to apply to the idea of the rural an essence separate from the urban, as opposed to the Rousseauian approach which interprets the rural world as approximate to the idea of nature. Gustavo Bueno's critique of the metaphysical idea of culture that is used in the notion of cultural battle is also applied, and this phenomenon is reinterpreted in materialist terms as a particular case of what Marxism understands as class struggle.

Palabras clave:

Rural, Urbano, idea de ciudad, Materialismo filosófico, lucha de clases, batalla cultural, idea de Estado.

Rural, Urban, idea of the city, philosophical materialism, class struggle, cultural battle, idea of the state.



Pablo Huerga Melcón (1966, Benavides de Órbigo, León. España), doctor en Filosofía por la Universidad de Oviedo, ha sido profesor de Filosofía en el sistema público de Enseñanza Secundaria durante 32 años. Actualmente es profesor de Fundamentos de Filosofía en la Universidad de Oviedo. Recibió el Premio Extraordinario de Licenciatura en 1989, el Premio Giner de los Ríos a la mejora de la calidad educativa en el año 2000, el Premio de las Letras Asturianas en 2009, en dos ocasiones: la primera por su libro *El fin de la educación. Ensayo de una filosofía materialista de la educación* (2009), y la segunda en el año 2023 por su libro, *Vavilov en España. Una odisea en busca de la escanda* (2023). Además, ha publicado un tratado sobre Boris Hessen titulado, *La ciencia en la encrucijada* (1999), el ensayo de filosofía de técnica, *Que piensen ellos* (2003), *La otra cara del Guernica* (2011), los ensayos de filosofía del cine, *La ventana indiscreta. Una poética materialista del cine* (2015) y *Gnoseología de la película La Misión* (2017), y *Welcome to the Machine. Máquina y ruido. Ensayo de una poética materialista del Rock* (2021). Ha publicado multitud de ensayos de filosofía materialista en *Ábaco*, *El Basilisco*, *El Catoblepas*, *Llull*, *Nómadas* y otras revistas de filosofía, también publica habitualmente artículos en prensa y radio.

I Introducción

1. La filosofía de la ciudad es una significativa sección del trabajo filosófico cotidiano. La ciudad es una idea filosófica, lo que significa que es un problema, que no sólo es un concepto geográfico o político. Su realidad ontológica es lo suficientemente compleja y esquiva, afecta a la vida de los seres humanos de tal modo y su presencia resulta tan recurrente, efectiva y ubicua, que podemos dar por sentado que se trata de una idea filosófica. Así ha sido tratada por muchos filósofos, pero también por historiadores, urbanistas, geógrafos y artistas. De hecho, puede decirse que la filosofía nace con las polis griegas. Hay muchas filosofías de la ciudad. Algunas de corte idealista, como la ciudad ideal de Platón, o la ciudad de Dios de San Agustín. Hay también filosofías estructuralistas de la ciudad como la de Lefebvre, o ideas abstractas de ciudades “espirituales” como la telépolis de Echeverría. Hay incluso ciudades imposibles, como la que se encontró el centurión que buscaba la fuente de la inmortalidad en el cuento de Borges. Sin embargo, lo rural no se aviene tanto a un tratamiento filosófico. Parece como si lo rural fuera cosa propia de la sociología, de la economía política, o de la historia. Hay un trabajo de Juan Guillermo Gaviria Vélez, de la Universidad Pontificia titulado *Lo rural como problema filosófico*, que reconoce también que “en el tratamiento de lo rural por parte de la filosofía hay poco avance”. Y es que lo rural ya se nos presenta de un modo que requiere forzar su sustantivación, transponerla, porque siempre usamos rural como adjetivo, un adjetivo que siempre supone lo que no es rural.

De hecho, incluso en el fragmentario relato de la Atlántida del *Critias* de Platón, al describir aquella gran ciudad, aparece lo rural integrado en ella. En el estado ideal platónico, en la *Politeia*, la ciudad ideal, pero también en *Las Leyes*, debía contemplarse la existencia de una clase de productores que vivirían en los extrarradios de las ciudades, produciendo lo necesario para el sostenimiento de la ciudad. La propia constitución ateniense de Clístenes se configura de modo que las zonas rurales quedan integradas en la ciudad. De tal modo lo son, que han dado lugar a uno de los conceptos más celebrados de la política, porque las zonas rurales de Atenas, sus pueblos, fueron llamados entonces *demoi*, y el sistema político implantado en Atenas llegó a llamarse en tiempos de Heródoto, “democracia”, es decir, el poder de los *demoi* áticos. Un *demos* es un municipio, un barrio, una población, tiene su propia asamblea y toma decisiones. Los *demoi* daban nombre a cada ciudadano. En tiempos de Clístenes había 139 *demoi*. Todavía al estallar la Guerra del Peloponeso, recuerda Tucídides que la mayoría de los atenienses nacían y se criaban como campesinos, y tenían sus casas en los distritos rurales del Ática. El acoso de los espartanos a las granjas atenienses generó un movimiento demográfico del campo a la ciudad, un sentimiento de pérdida que quedó recogido en las obras de Aristófanes. La propia economía ateniense era “inexpugnablemente” rural en su base y cundía el ideal del granjero autosuficiente. Parece que lo rural no puede ser objeto de un tratamiento filosófico al margen de la filosofía de la ciudad.

II. Lo rural en el sistema urbano

2. Partiré de la tesis de autores clásicos como Bertrand Hervieu en su libro *Los campos del futuro*, de 1993, o Jaime Izquierdo Vallina, en su obra, *Asturias, región agropolitana*, de 2009, según la cual no cabe aplicar a la idea de lo rural una esencia separada de lo urbano. La distinción entre lo rural y lo urbano es aparente, empírica y

difusa y, sobre todo, confusa. Separar el campo de la ciudad, lo urbano y lo rural, en términos esencialistas responde a un prejuicio de tipo metafísico de estirpe rousseauiana, en el que lo rural entraría dentro de “lo” natural, frente al mundo de la ciudad entendido como lo civilizado, lo cultural, etc. Un tratamiento idílico del campo que tiene hondas raíces ya en los *Trabajos y los días* de Hesíodo, o en aquellos versos de Virgilio en las *Églogas*, o la vida pastoril que añoraba Don Quijote cuando derrotado vuelve de Barcino tratando de convencer a Sancho de refugiarse en esa Arcadia perdida y soñada por los poetas bucólicos. Por supuesto, ese mundo rural que añora don Quijote es un mundo asilvestrado, más parecido a su retiro en Sierra Morena que a su real episodio con los pueblos en guerra de la historia del rebuzno. Y es que para una perspectiva rousseauiana estos pueblerinos estarían ya demasiado envilecidos, civilizados, desnaturalizados ¡mira que enfadarse por un rebuzno! El prejuicio rousseauiano mira al pueblo como antesala de la vida silvestre, estorbo menor, donde todavía se puede atisbar lo auténtico, algo que la ciudad, escenario del fingimiento, ha perdido del todo. Pero no tiene ningún sentido atribuir a los habitantes de los pueblos una condición de no ciudadanos por el hecho de no vivir en ciudades. ¿Cuándo una población deja de ser pueblo para ser ciudad? *El disputado voto del señor Cayo* tenía todo el sentido. La democracia, desde los tiempos de Solón y Clístenes era el poder de las circunscripciones rurales y urbanas, de los barrios.

El enfoque rousseauiano nos pone ante una transposición gnoseológica entre la etnología y la sociología. La división entre campo y ciudad es una división de orden sociológico y geográfico, demográfico, pero no es una división de orden étnico. La etnología es la ciencia que estudia las sociedades preurbanas, neolíticas, lo que Morgan catalogaba como sociedades bárbaras, tal y como demostró ampliamente Gustavo Bueno en su tratado *Etnología y utopía*, y como ponen de manifiesto los diferentes desarrollos de los estudios etnográficos. Nada más absurdo que acercarse al campo, a los pueblos, con afán etnográfico, como el antropólogo inocente que se interna en un poblado africano esperando encontrar modos de vida misteriosos que los aldeanos representan para él porque les trae beneficios económicos.

Y no porque en los pueblos no se atesoren técnicas y procedimientos productivos extraordinarios, tesoros etnográficos que deben ser conservados, como ha hecho de un modo sorprendente y magistral Eugenio Monesma, con su extraordinaria serie de documentales, porque todas estas técnicas productivas han sido la base y el fundamento de los desarrollos tecnológicos e industriales que actualmente regulan los procesos de producción.

Es decir, que estas técnicas no se han conservado por su carácter de curiosidad etnográfica sino porque generaban hasta “ayer” mismo, excedentes productivos y contribuían al intercambio comercial, eran ya industrias aunque estuvieran situadas en el modo eotécnico, para decirlo con Mumford, un modo que hunde sus raíces en el neolítico pero que prefiguró y acompañó al nacimiento de las ciudades, al desarrollo de los imperios, a la revolución científica y a la propia revolución industrial.

Y si estas técnicas tienen interés etnográfico ello se debe, principalmente, a que ya han sido abandonadas, no porque ya no haya población en los pueblos, sino porque el desarrollo tecnológico y productivo ha conducido a todos los artesanos a abandonarlas por razones económicas indiscutibles. Los ladrillos con los que se construyeron los

edificios de las grandes ciudades eran fabricados a mano hasta no hace muchos años en las tejeras de los pueblos.

De hecho, Monesma ha podido documentar una impresionante variedad de procedimientos productivos y constructivos basados en el trabajo manual con los mismos protagonistas que han practicado esas formas de producción. Pero los artesanos siempre introducen, como se puede comprobar en esos documentales, cualquier innovación que les pueda ser eficaz desde el punto de vista de la economía de medios y de trabajo. Creo que utilizar la expresión tan común de “museos etnográficos” ya puede estar acarreado esta confusión hacia la etnología, el neolítico y la concepción de lo rural como lo pre-urbano o natural.

3. Lo rural, la vida del campo, la entendemos como una parte consustancial de la vida urbana. Podríamos decir que sólo se puede hablar del mundo rural si hay ciudades. Ciudad y pueblo son dos entidades dialécticamente conectadas. Son las ciudades las que configuran el ámbito de lo rural como aquello que siendo fruto de la ciudad se distingue de ella.

Puede resultar confusa la teoría sobre el origen de las ciudades como confluencia de sociedades tribales anteriores, como propone Gordon Childe o incluso Lewis Morgan, al hablar de las tribus de los iroqueses; tesis seguida por Bueno en su mítico artículo de *Ábaco*, porque se puede entender que al dar lugar a la ciudad esas tribus preurbanas simplemente desaparecen, o se separan de la ciudad. La realidad es que la ciudad resultante de esa confluencia no es solo un espacio amurallado, sino que es un nuevo sistema más abstracto, un centro para esas sociedades tribales preurbanas que por mediación de la ciudad se transforman en una parte de ella, como los *demoi* de Atenas, reordenadas como parte atributiva de la ciudad.

La aparición de las ciudades es un hecho acaecido a partir de sociedades preurbanas que se reorganizan de tal manera que en medio de esa transformación dejan de ser sociedades preurbanas para ser entorno rural de la ciudad. Se trata de una reorganización del territorio que supone la aparición de los estados, las sociedades políticas. El paso de la barbarie a la civilización en términos de Lewis Morgan supone una reorganización del territorio y de las poblaciones preurbanas, al configurarse en torno a centros donde la división del trabajo y la complejidad organizativa establecen una separación de grado entre zonas de producción agrícola y ganadera y zonas de producción artesanal, gremios, mercados, que deben ser abastecidos y conforman lo que tradicionalmente entendemos por ciudades. De hecho, el núcleo de lo urbano, de las ciudades en sentido histórico, habría que situarlo seguramente en el mercado, como entorno central al que acuden los habitantes de las aldeas a intercambiar productos.

Los estados se configuran como ciudades y federaciones de ciudades, siempre que una de ellas adquiera, por así decir, capacidad para hacer girar a su alrededor al resto. De hecho, Atenas, Roma, Constantinopla, son ejemplos de ciudades imperiales. Dice Engels que en la organización del territorio entre las tribus de los iroqueses quedaban espacios neutrales, donde se producían los intercambios comerciales. Las ciudades, y las sociedades políticas, tienden precisamente a agotar todo el territorio disponible, a apropiárselo de manera que, con el tiempo, entre los estados no queda ningún “hueco”, por así decir. Hoy en día, es imposible concebir ningún territorio en la tierra que no pertenezca a algún estado, ni siquiera la Antártida, cuyo territorio está totalmente

regulado por el sistema del Tratado Antártico desde 1959, y si no está estructurada como territorio estatal es sencillamente porque sus temperaturas hacen inviable la vida humana allí, aunque hay reivindicaciones, como la de Argentina.

4. Si observamos la distribución de la población en un estado como España resulta evidente cómo se van conglomerando los habitantes en las ciudades. Delgado, en su libro, *La España vacía*, toma la imagen de España que se obtiene fotografiando desde el espacio, en la noche, nuestro territorio. Esa imagen transmite, en efecto, la impresión de vacío que le sugieren las tierras rurales de España. No obstante, es interesante observar un mapa tridimensional de la densidad de población en España como el que ofrece Terence Fosstodon:



En este mapa se aprecia claramente la imagen de su organización territorial. Podríamos hacer una analogía con los castells. Un castell es una estructura configurada por cuerpos humanos que se eleva hasta lo más alto, sostenida por una masa de cuerpos que apuntalan y descargan la gravedad provocada por la torre manteniendo el equilibrio, esa base que llaman la pinya. La piña que se va distribuyendo en círculos concéntricos sostiene y apuntala el tronco y actúa como cojín humano para amortiguar los impactos en caso de caída. Un castell es un sistema de cuerpos, del mismo modo que la ciudad y el campo conforman un sistema territorial urbano. La estructura rural sostiene la estructura urbana que se estrecha y se alza en medio del alfoz. Alfoz es la expresión que mejor recoge esa idea de dependencia dialéctica entre el campo y la ciudad, dos partes de un todo atributivo que es el municipio o la ciudad. Esa comunidad de villa y tierra, como se denominaba en la edad media, muestra precisamente la organización territorial del campo y la ciudad como partes de un todo urbano. Lo rural es ni más ni menos que la base, el cimiento, la piña en la que se yergue la ciudad.

Así pues, no cabe hablar de la existencia de lo rural antes de lo urbano. Existiría materialmente, en la forma de asentamientos preurbanos, tribales, pero es el fenómeno urbano, la aparición de la ciudad, el que transforma ese espacio tribal preurbano en el soporte sistemático de la ciudad, en el entorno rural. En el sistema urbano lo rural es su base, pero antes de la ciudad el modo de vida rural se aprecia, sin duda, porque mantiene con él una apariencia parecida, aunque su función se ha transformado. El mundo preurbano, es también un mundo prerrural, entre otras cosas porque ese mundo preurbano y prerrural no puede por sí mismo generar los excedentes necesarios para dar lugar a una ciudad, y ese es su dilema.

De hecho, situamos en el origen mismo de los estados la aparición de un fenómeno arquitectónico extraordinario y nuevo: las torres. La torre de Babel, la primera documentada, era un zigurat para mirar las estrellas, las pirámides de Egipto, el faro de Alejandría, incluso configuraciones que aprovechan la disposición del terreno, como las acrópolis (cimadevilla) de las ciudades griegas, la más célebre de las cuales será la de Atenas, por ejemplo, que viene a ser lo mismo. Las basílicas, los coliseos, las iglesias y las catedrales, las innumerables torres de vigilancia, incluso las torres inclinadas, han delimitado y afirmado la existencia del sistema urbano, de los estados. Allí donde hay torres hay un estado. Esas torres que regulaban el tiempo, analizadas por Benjamín Coriat en su mítico libro, *El taller y el cronómetro*.

Torres eotécnicas como aquella desde la que escuchaba en su lectura Quevedo el susurro de los muertos, símbolo de la especulación más depurada (la torre de marfil), fuente de toda la filosofía idealista; torres paleotécnicas, que suben al cielo para horadar las entrañas de la tierra, los casilletes que siembran el territorio rural de las montañas asturianas y que transformaron en su día fugazmente aldeas en ciudades, fuente y alimento de todas las filosofías materialistas. Si Montaigne se recluyó en una torre, yo he visto a otros filósofos adentrarse en las entrañas de la tierra y gritar contra la reconversión industrial; una reconversión diseñada desde altas torres financieras, neotécnicas, esas que crecen en Madrid. No es extraño que Alex de la Iglesia haya encontrado en ellas el lugar del nacimiento del anticristo.

Es curioso que para pacificar Cáceres la reina Isabel la Católica –por cierto, nacida en Madrigal de las Altas Torres- ordenase el desmoche de las torres. Las torres, los castillos, símbolo de la *hybris*, como Babilonia, caen, como las Torres gemelas, cuando el estado que las sostiene es derrotado. Aunque no siempre. Y esto también marca la diferencia entre los estados, pues los hay que pueden permitirse transformar esas edificaciones, como hizo Felipe IV en la catedral de Córdoba, elevada sobre la base de la mezquita, o la Giralda de Sevilla con Fernando III, la propia conservación de Chichén Itzá, que el explorador español Francisco de Montejo sopesó convertir incluso en capital de la provincia de Yucatán, por no hablar de la Alhambra, cuyas torres, sin embargo, el mariscal francés Jean de Dieu Soult ordenó hacer volar en perjuicio y castigo de los españoles, en la Guerra de Independencia, algo que fue evitado gracias al cabo de Inválidos José García. Las torres son ahora los rascacielos, que alcanzan perfiles inimaginables en el siglo XXI. Desde su altura, otras torres antaño altísimas, junto con los perfiles de las ciudades, alcanzan una apariencia relativa a la de un recinto rural alrededor del recinto urbano.

Allí donde se alzan las torres, se alzan los estados, también en aquellas aldeas perdidas donde aun los campanarios renuncian a doblegarse. A veces asoman por encima de los pantanos, como en el de Luna, y algunos dicen que en las noches de invierno las campanas tañen a muerto, recordando lo que un día fueron, anunciando lo que ya no son: pueblos llenos de vida. Su equilibrio y permanencia, su insistencia hierática, es el epítome de la recurrencia de los estados. La *hybris*, la arrogancia y su contrapicada figura son también un desafío y la afirmación de un orden. “Si altas son las torres, el valor es alto”, decía Alberti.

5. Hablamos del estado como sistema, tal y como lo estudia y lo analiza Gustavo Bueno en su *Ensayo sobre las categorías de las ciencias políticas*, sin duda. El estado es un sistema que se despliega en el tiempo a partir de una población anómala que cambia y fluye. Permanece a través de estos cambios, como el río permanece mientras fluye el agua. Un sistema que se asemeja también al sistema de las cuencas fluviales en su fluir, tal y como imaginaba la muerte Jorge Manrique en las *Coplas a la muerte de su padre*. Porque nuestras vidas van a la mar que es el morir, como si dijera que la resultante de nuestras operaciones es una estructura objetiva independiente de nuestra voluntad, pero que crece a través de nuestras acciones, fijándose en el tiempo más allá del período de la vida de aquellos que la configuran. Así las cuencas de los ríos, afluentes y subafluentes que, sin perder el caudal, sin vaciarse nunca –algo que contraviene toda la lógica del fluir de los ríos que tendemos a considerar más como torrentes que se desaguan que como un constante fluir, que es lo que verdaderamente son-, conforman el sistema fluvial de modo análogo a como se conforma el sistema urbano.

Y de ese modo están fijados también los pueblos en el sistema urbano. Aldeas, pueblos, municipios, pequeñas ciudades, ciudades medias, ciudades grandes y metrópolis. El Instituto Nacional de Estadística establece tres categorías de municipios: los urbanos de más de 10.000 habitantes, los intermedios, entre 2000 y 10.000, y los rurales, con menos de 2000 habitantes. Las ciudades de mayor población concentran a su alrededor municipios intermedios, y rurales que gravitan en torno suyo. De hecho, se suelen utilizar metáforas de gravitación y fluido para referirse a los sistemas urbanos. Aunque normalmente cuando se habla de sistema urbano se tienen solo en cuenta las poblaciones a partir de los 10.000 habitantes, lo cierto es que las poblaciones rurales, de menos de 2000 habitantes, gravitan alrededor de poblaciones mayores, como los satélites y los planetas alrededor del Sol. La distribución de lo rural y lo urbano se aprecia por la acumulación de economía del sector secundario y terciario en las poblaciones mayores, mientras que en las poblaciones pequeñas predomina el sector primario, aunque no sólo, porque hay industrias de transformación en localidades pequeñas, así como hay granjas en los extrarradios de las ciudades, pero como tendencia tiene su lógica. Así como los manantiales, riachuelos y regatos alimentan los pequeños subafluentes de afluentes de ríos, así van apareciendo las ciudades y las metrópolis en el centro de las configuraciones rurales.

El nuevo sistema urbano que supone la reorganización de un entramado territorial que gravita y vive al ritmo de las ciudades, pero amortiguado en el tiempo y en el espacio, es aquella estructura en la que *grosso modo* ubicamos a lo rural.

Del entorno rural llegan los excedentes a los mercados, y recibe los bienes de consumo, sirve para el desarrollo industrial de las ciudades que crecen sosteniéndose en su alfoz y comienzan desde su nueva altura a relacionarse con otras ciudades o sistemas urbanos

atravesando por su alfoz con carreteras y caminos a través de territorios roturados y trasegados, orientados a la explotación productiva. Son, en efecto, territorios vaciados, pero no de personas, sino vaciados de selva, de accidentes geográficos y de obstáculos para la explotación productiva, vaciados que convierten esos territorios rurales en historia viva, en el que se delimitan los perfiles de iglesias, palomares, castillos, torres, lindes hechas de piedras que un día fueron colocadas a mano, postes y muros, árboles que fueron plantados y explotados con un cuidado experto y generoso, caminos y senderos, regueros, presas, canales. Son, como diría Bueno, parte de la capa basal del estado, no su infraestructura en los términos generales del materialismo histórico, sino la capa basal de cada estado, cuyo valor, en realidad, depende del grado de vaciamiento que se haya alcanzado.

6. El hombre rotura el campo y lo regula y orienta con cada vez mayor eficacia desde tiempo inmemorial, en un proceso sistemático de vaciado de fenómenos interpuestos, de obstáculos, al igual que la desbrozadora despeja las zonas tomadas por la maleza. Así ha sido siempre y así ha de ser y funcionar el sistema productivo de una nación, su capa basal. Es cierto que en el campo vive ahora menos gente, la bajada de población es notable, los cauces fluviales han disminuido, mientras que aumenta la población de las ciudades, pero también es cierto que la capacidad productiva en el campo es hoy mucho mayor. Una familia actualmente puede desempeñar con uno de estos tractores de última generación una gran cantidad de trabajo y los agricultores no pueden renunciar a los avances. Los campos se han roturado de nuevo, las concentraciones parcelarias acaban llegando a todos los rincones, y la racionalización del agua y de los procesos de producción agrícola son una realidad insoslayable. La maquinización ha llegado al campo, como han llegado las fábricas, muchas también instaladas en las zonas rurales, a las afueras de las ciudades o municipios más o menos habitados.

Si aplicáramos el modelo de la evolución de la técnica de Lewis Mumford, podría decirse que en España el campo está totalmente estructurado por la fase neotécnica, pues ha llegado ya de modo irreversible la revolución científico-técnica. Y ha sido el estado el que lógicamente ha puesto en marcha estos procesos de actualización racional y científico-técnica de la producción en el sector primario. Cuando se produjo la película *Surcos*, de José Antonio Nieves Conde, una de las grandes joyas de la cinematografía española por los cuatro costados, en 1951, lo que se narraba era una parte de la gran transformación que estaba comenzando a fraguarse en el campo español, con la introducción sistemática de técnicas productivas propias de la fase paleotécnica (aquellos trenes todavía quemaban carbón) que generaban un excedente laboral incipiente pero ya considerable, tanto como para convertirse en un problema social. El trillo era ya entonces una reliquia condenada, aunque siguiera separando el trigo de la paja todavía décadas después. Claramente, la película tenía una moraleja razonable: vuélvete al pueblo que se vive mejor, aunque sea con “cuatro cachos de tierra”. Pero en aquellos tiempos estaba bastante claro que para fijar a la población en el campo el estado tenía que tomar la iniciativa de la innovación tanto en la cuestión de la distribución geográfica de la población (colonización interior), como en la mejora de las condiciones productivas, canalizaciones, regadíos, pantanos, transportes, así como en la mejora de las condiciones de vida. Sin embargo, las innovaciones acaban siempre, como ya señalaba Marx, generando un excedente laboral inevitable, aun mayor en la siguiente fase, que Mumford llamaba neotécnica. A costa, eso sí, de aumentar de modo exponencial la capacidad productiva. De aquellas familias nacían hijos que iban a la escuela, a los institutos y centros de formación profesional y en muchos casos a las

universidades. Y ya no volvían. Esa era la duda que corroía a Daniel el Mochuelo cuando se iba a la cama pensando en los planes que su padre tenía para él: que fuera a la ciudad a estudiar en la universidad, porque eso “podía ser a la larga, efectivamente, un progreso”.

El extraordinario caso del fenómeno conocido como mar de plástico de Almería, donde el estado intervino repartiendo tierras y dando servicio a una mejora racionalista de los procesos de producción agraria, elevando la capacidad productiva a niveles extraordinarios que ha convertido a Almería en la huerta de Europa, está ya sincronizado con el fenómeno general de la llamada “revolución verde” que se produjo a escala mundial en la fase neotécnica. En Almería hoy se investiga en OMG, la I+D+I avanza a pasos agigantados, con la investigación en el cultivo hidropónico, y otras innovaciones. Lo mismo ocurrió con el proyecto del Plan Badajoz que alcanza hoy por hoy unos niveles de producción en tierras de regadío impresionantes. La producción ha sido racionalizada al máximo, con los vanguardistas pueblos de colonización que asentaron población y racionalizaron los procesos productivos. La intervención del estado también en el desarrollo de la producción arroceras en la ribera del Guadalquivir, el control estratégico de la producción aceitera, el extraordinario crecimiento del sector vitivinícola en regiones que permanecían todavía en un mundo “eotécnico”, para seguir con Mumford, han puesto el ámbito de la producción del primer sector a unos niveles extraordinarios. El campo se ha transformado, de eso no cabe duda. La producción agropecuaria tradicional ha quedado arrinconada y sometida a los planes estratégicos del estado que a través de los sucesivos gobiernos ha regulado hasta la extenuación el proceso de explotación de los territorios que orbitan en torno a las ciudades, que son, en España, desde el siglo XIX, los territorios provinciales.

7. España es un ejemplo paradigmático de un entorno rural roturado por miles de años de actividad productiva agrícola, ganadera, minera. Y en los últimos siglos, todo el territorio nacional ha sido reorganizado y estructurado para que los ciclos económicos en cada sistema urbano y entre las ciudades, fluyan rigurosamente. Se han moderado todos los accidentes naturales, se han configurado redes de transporte y comunicaciones, y se ha reorganizado la actividad productiva agrícola, para hacerla más eficaz. De hecho, la configuración territorial efectiva de España se realizó a partir de un principio de distribución en provincias entendidas todas ellas, diríamos, como “territorios orientados”, es decir, organizados sistemáticamente alrededor de una ciudad como capital provincial. La provincias son los alfores de las ciudades más representativas de todo el territorio, y no es casual, sino una necesidad estructural, que dichas capitales tengan todas ellas su catedral con sus torres. En cierto modo, el sistema provincial estaba ya muy prefigurado históricamente, y la reorganización territorial de 1833 no requería más que ajustes adecuados al alcance de los tiempos, al grado de desarrollo de los medios de comunicación y transporte. La división territorial de España de 1833 fue verdaderamente una de las grandes genialidades de la construcción del estado (obra de Javier de Burgos al frente del Ministerio de Fomento General del Reino, en el gobierno de Francisco Cea Bermúdez), tal y como lo ha estudiado Juan Pro en su libro, *La construcción del Estado en España*.

De hecho, si hubiera que ponerle alguna pega a este modelo de organización territorial sería el de haber tratado luego de organizar dichas provincias en regiones, algo que en la lógica de la organización provincial resultaba innecesario y redundante. El sistema provincial seguía criterios racionales, como la extensión, porque el perímetro de la

provincia tendría que albergar distancias no mayores a un día de viaje hasta la capital; una población equilibrada y una coherencia geográfica, adaptada en lo posible a los accidentes geográficos que naturalmente han separado siempre los territorios, sobre todo las regiones naturales, una institución territorial muy descuidada, tal vez recuperada hoy en cierto modo con las denominaciones de origen, quizás. Además, de hecho, y esto es algo curioso para lo que estamos diciendo, prevalecía por lo general el nombre de la capital como nombre de la provincia, como Logroño, Santander, Oviedo, etc., aunque no siempre, como en el caso de las capitales en las regiones del País Vasco y Navarra. Otro detalle importante es que todos los ayuntamientos y sus respectivos alfores debían estar contenidos en una única provincia, son base de las circunscripciones electorales y constituyen las unidades que conforman las comunidades autónomas actualmente.

Debería resultar obvio que dicho sistema es todo lo contrario al recurrente argumento esgrimido del “centralismo”, tal y como se ha planteado desde las ideologías federalistas que buscan a toda costa mantener buenas relaciones con los nacionalismos separatistas y supremacistas, aunque sea principalmente por su debilidad política. Al contrario, el sistema provincial supuso una equilibrada organización territorial con centros urbanos distribuidos por todo el territorio y conectados entre sí por vías de comunicación. En 1927, según el Anuario ferroviario, todas las capitales de provincia estaban conectadas entre sí por vía férrea. Era posible desplazarse de provincia a provincia por toda la geografía, algo que hoy resulta imposible, aunque cueste creerlo. Si alguien pretende ir desde Oviedo a Salamanca en tren, tiene que ir a Segovia, o a Madrid primero: esto sí es centralismo, además de un disparate. Desde Asturias a Burgos, o a Soria tendría que pasar igualmente por Madrid. Ya no existe el tren a Barcelona, y Lugo no está conectada con ninguna capital de provincia no gallega por tren. Y casi prefiero no recordar la tragedia que supone que no exista conexión ferroviaria entre Astorga, Zamora, Salamanca, Plasencia, Cáceres, Badajoz, Mérida, Sevilla y Cádiz, todo ello inexplicable desde el puntilloso mundo de la sostenibilidad.



En realidad, el sistema provincial era un sistema federal de facto, efectivo y real. Cada ciudad conformaba el punto culminante, la resultante de fuerzas confluyentes, de todo el territorio provincial, fuerzas productivas, medios de producción, relaciones de producción, y organización administrativa y de servicios. Cada provincia era un circuito económico integrado, a pequeña escala, del circuito general que configuraban entre sí todas las capitales de provincia y que confluía en Madrid. Siempre hubo, sin embargo, problemas. Ya en tiempos de la restauración los agricultores castellanos se quejaban de que en Barcelona se vendía trigo importado en barcos más barato que el trigo castellano, que no podía competir, y que precisamente por su papel de puerto de exportación dificultaba el desarrollo de estas regiones. Cada región podía presionar para dificultar el desarrollo de otras regiones, de modo que tendía a reproducirse entre las regiones, como se reproduce ahora entre las comunidades autónomas, el fenómeno de la dialéctica de estados que actúa como una especie de biocenosis (Gustavo Bueno), en la que cada autonomía procura imponerse a las demás y dominarlas, o empobrecerlas. Es una tragedia. Podría decirse que las autonomías son las cárceles del federalismo provincial.

III Del mito de la batalla cultural a la lucha de clases

8. Entonces, cómo entender ahora las relaciones políticas entre el campo y la ciudad como algo específico y diferencial. Yo no veo cómo, desde luego, porque el campo forma parte de la ciudad. Los votantes del campo son tan ciudadanos como los de la ciudad, y no hay nada específico o esencial en la mentalidad del ciudadano que habita en un municipio de menos de 10.000 habitantes que uno que vive en uno de 10.001.

Pretender lo contrario es ejercer un prejuicio supremacista entre aquellos que reniegan de las opciones de voto preferidas por los habitantes de los municipios de menos de diez mil habitantes. Es absurdo. De hecho, los análisis sociológicos más divulgados tanto en las últimas elecciones en EEUU como en España parten del supuesto de que se trata de dos ámbitos culturales diferentes y contrapuestos, como dos esferas aisladas. Aquí opera la inevitable sombra del despotismo ilustrado que viene discutiéndose desde tiempos de Platón, presente, por ejemplo, en la negativa de Victoria Kent a permitir el voto de las mujeres. ¿Cómo va a valer lo mismo el voto de alguien ilustrado que el de cualquier indocumentado? Pero así es la democracia. Más aún, insistir en la idea de que tal vez el voto rural sea más paleta, bruto, e ignorante que el voto urbano, ¿pero de qué barrio? Aquí, de hecho, se está operando con la idea lamentable de que en el mundo rural los votantes no son cultos (aunque muchos se dediquen a la agricultura, palabra de la que procede la idea de cultura *animi*, como educación y aprendizaje). Todo esto no son más que disparates. ¿Cultos o incultos en qué? Lo mismo se preguntaba Daniel el Mochuelo:

Su padre entendía que esto era progresar; Daniel, el Mochuelo, no lo sabía exactamente. El que él estudiase el Bachillerato en la ciudad podía ser, a la larga, efectivamente, un progreso. Ramón, el hijo del boticario, estudiaba ya para abogado en la ciudad, y cuando les visitaba, durante las vacaciones, venía empingorotado como un pavo real y les miraba a todos por encima del hombro; incluso al salir de misa los domingos y fiestas de guardar, se permitía corregir las palabras que don José, el cura, que era un gran santo, pronunciara desde el púlpito. Si esto era progresar, el marcharse a la ciudad a iniciar el Bachillerato, constituía, sin duda, la base de este progreso.

Pero a Daniel, el Mochuelo, le bullían muchas dudas en la cabeza a este respecto. Él creía saber cuanto puede saber un hombre. Leía de corrido, escribía para entenderse y conocía y sabía aplicar las cuatro reglas. Bien mirado, pocas cosas más cabían en un cerebro normalmente desarrollado. No obstante, en la ciudad, los estudios de Bachillerato constaban, según decían, de siete años y, después, los estudios superiores, en la Universidad, de otros tantos años, por lo menos. ¿Podría existir algo en el mundo cuyo conocimiento exigiera catorce años de esfuerzo, tres más de los que ahora contaba Daniel? Seguramente, en la ciudad se pierde mucho el tiempo —pensaba el Mochuelo— y, a fin de cuentas, habrá quien, al cabo de catorce años de estudio, no acierte a distinguir un rendajo de un jilguero o una boñiga de un cagajón. La vida era así de rara, absurda y caprichosa. El caso era trabajar y afanarse en las cosas inútiles o poco prácticas.

El conflicto que algunos intentan hoy vendernos como un conflicto cultural, como una batalla cultural entre el campo y la ciudad, como si el campo perteneciera a una cultura que distingue una boñiga de un cagajón, frente a la cultura urbana, civilizada y moderna, empingorotada como un pavo real, es superficial. En realidad dicho conflicto, como hemos dicho, visto desde la teoría de la ciudad que hemos esbozado, debería ser interpretado como una manifestación de la lucha de clases. En el mundo rural se está viviendo una concreción del conflicto generado por la introducción de nuevos medios de producción como las máquinas, biotecnologías, nuevos sistemas de explotación agraria, junto con la presión inducida por parte de la UE de la demanda de tierras por parte de las compañías energéticas eólicas y solares, y los planes de ingeniería social que la UE ha ido elaborando a partir de las llamadas primaveras árabes, pues es evidente que la decidida intervención armada de los países europeos (con Francia a la cabeza) en Libia, Siria y muchas regiones de África ha dado paso a oleadas masivas de inmigración ilegal (no obstante, no podemos entrar en más detalles sobre este asunto en nuestro artículo).

9. Asumiendo que las razones que baraja un votante de campo son al menos tan racionales como las de cualquier habitante de las ciudades, y que operan sobre ellos los mismos o parecidos estímulos propagandísticos, ideológicos, míticos, pero también racionales, procuraremos remontar un poco sobre estas cuestiones para revisar las consecuencias que se pueden extraer de la teoría según la cual el sistema estatal es un entramado articulado de sistemas urbanos en los que la diferenciación entre pueblos y ciudades es fenoménica, pues mantienen esencialmente una unidad funcional frente a otros sistemas estatales.

Ocurre que las ciudades aumentan sus poblaciones y comienzan a mantener relaciones entre sí que transitan por sus espacios periurbanos sin tocarlos, de modo que las zonas rurales que apuntalan las ciudades corren el peligro de quedar desatendidas. La globalización puede definirse también en función de estos criterios, como un sistema de relaciones que abstrae de las ciudades todo aquello que las arraiga en su suelo, haciendo de aquellas torres, como diría Lope y mi amigo Manuel Camarero, “torres sobre tierna arena”. Un elogio de este modelo de “ciudad global” o telépolis es el libro de Javier Echeverría, *Los señores del aire: Telépolis y el Tercer Entorno*, que defiende la tesis de que “las nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones están posibilitando la emergencia de un nuevo espacio social que difiere de los entornos naturales y urbanos en los que tradicionalmente han vivido y actuado los seres

humanos”, un entorno que disolvería incluso los propios estados. Pero esto, no obstante, me parece sólo un espejismo del fenómeno de la deslocalización productiva, derivada de la privatización masiva del sector industrial público, llamada, de modo eufemístico, “reconversión industrial”, dirigida por el capitalismo financiero transnacional, dentro del que hay que contemplar, precisamente como un caso particular, el abandono del campo.

Para silenciar dicho conflicto se elabora un discurso mediático simplón y dualista, la famosa batalla cultural, que nos hace incapaces de comprender el resultado electoral en EEUU, sin tildar a sus votantes de incultos y brutos, o de comprender el voto rural en España sin tildar a los votantes de reaccionarios; somos incapaces de comprender las acciones de los agricultores en España cuando sacan los tractores a la calle, y muchos se indignan por el hecho de que tengan una maquinaria tan estupenda, y es que los tractores actuales son verdaderamente maravillosos. No los entendemos. La UE reparte una cantidad enorme de dinero en forma de la PAC, los trabajadores del sector primario no tienen queja de nada. Sin embargo, paradójicamente, quienes mejor entienden lo que hacen los agricultores franceses al quemar los productos españoles en la frontera con España son los propios agricultores españoles. Si se abandona la producción nacional, si no se imponen aranceles, si se liberaliza el comercio de la producción agrícola como se hizo efectivamente tras los acuerdos del GATT en Marrakech en 1994 y antes, en 1992, con el Tratado de Maastrique, nuestros productos, la industria agroalimentaria nacional, se debilita, y nuestras torres comienzan a sostenerse no sobre la firme tierra callada, el trabajo y el sudor, sino sobre tierna arena. Por eso decía Miguel Hernández:

Jaén, levántate brava
Sobre tus piedras lunares
No vayas a ser esclava
Con todos tus olivares.

Eso es lo que gritan los agricultores por las tierras de España: “no vayamos a ser esclavos con todos nuestros olivares”. Y estamos viendo cómo en zonas de Jaén ya han arrancado en estas fechas 4000 de los 100.000 olivos, muchos centenarios, que tienen previsto arrancar, en fincas expropiadas para instalar la planta fotovoltaica de la Campiña Norte; curiosamente, un conflicto generado dentro de la propia ideología de la sostenibilidad.

¿Es tan difícil de entender esto? ¿De qué nos sirve la PAC, los tractores, y el trabajo, si no podemos colocar los productos, si no se compra lo que producimos, si se sustituye por la producción de otros lugares, como por ejemplo con el tratado que se acaba de firmar con el Mercosur?

La batalla cultural es un mito prefabricado por los medios para estigmatizar a los agricultores, como se estigmatizó a los controladores aéreos en su momento, cuando se enfrentaron a la privatización de AENA, o a los estibadores, o a los taxistas, o a los propios mineros, o a los obreros de los astilleros nacionales antes. A esa estigmatización contribuyen los medios de comunicación. Y, sin embargo, las opciones de voto supuestamente reaccionario forman parte del juego de espejos de la oligarquía de la UE. La radicalización de la lucha de clases debe ser canalizada, y nada mejor para ello, que convertir a partidos políticos que apuestan por la privatización radical, el

fundamentalismo del libre mercado y la disolución de la intervención estatal, en salvadores de la patria.

10. Como decían Marx y Engels, el problema no es el crecimiento de las ciudades, la reducción de población en las zonas rurales, y menos aun sus preferencias de voto, ese no es el problema. Ocurrió en la URSS y pasó en China, la mecanización de los procesos productivos agropecuarios y de la pesca provocaron una reestructuración laboral. Los padres agricultores podían enviar a sus hijos a estudiar, y las profesiones que adquirirían ya les llevaban a otros horizontes, como siempre. En la novela *Arena pesada* de Anatoli Ribakov, como en *El camino* de Delibes, se plantea este asunto de un modo muy interesante.

Según *El Manifiesto Comunista*, uno de los objetivos de la dictadura del proletariado, era precisamente la eliminación de la distancia que separaba al campo de la ciudad, porque esta distancia que separa al mundo rural del mundo urbano no es un hiato cultural sino una distancia operada en función de la economía política, en función de la lucha de clases, una desigualdad material, una manifestación particular de la desigualdad entre clases.

“La burguesía somete el campo al imperio de la ciudad. Crea ciudades enormes, intensifica la población urbana en una fuerte proporción respecto a la campesina y arranca a una parte considerable de la gente del campo al cretinismo de la vida rural. Y del mismo modo que somete el campo a la ciudad, somete los pueblos bárbaros y semibárbaros a las naciones civilizadas, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.”

La distancia que separa al campo de la ciudad, la fuerza que descompone la unidad ontológica de lo rural y lo urbano, sería, para Marx y Engels, el modo de producción capitalista burgués. Marx y Engels vieron con una claridad sorprendente el destino de las naciones y por ende, también, el conflicto que se iba a producir en el modo de producción capitalista entre el campo y la ciudad:

“La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita [...] Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba así mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones.”

Y, en efecto, cuando se puso en marcha el primer plan quinquenal en la Unión Soviética y se impuso una colectivización forzosa de la agricultura y la ganadería, para alcanzar la unión de campesinos y obreros que estaba en el horizonte ideal de la revolución bolchevique, se trató precisamente de neutralizar y superar la lucha de clases, de integrar y racionalizar la producción agraria mediante su industrialización. Sus proyectos fueron estudiados, porque dieron unos resultados a medio plazo inesperados y extraordinarios.

En el viaje del biólogo soviético Nicolai Vavilov por España, uno de los ingenieros agrónomos con los que se encontró en 1927 fue con Eladio Morales Fraile, que posteriormente, y en el franquismo, sería representante de España en la FAO. Eladio Morales Fraile viajó en varias ocasiones a la unión soviética enviado tanto por el

gobierno de la República primero como, posteriormente, por el gobierno de Franco, a fin de estudiar los desarrollos llevados a cabo en la URSS con la racionalización e industrialización de los procesos agrícolas y la colectivización en los koljoses y los sovjoses. La idea, como el mismo Eladio Morales Fraile reconoce, era adaptar dicho modelo a España, con la salvedad de respetar la idiosincrasia particular española, pero, en todo caso, buscando racionalizar la producción agrícola. Muchos de los proyectos llevados a cabo posteriormente en España tuvieron inspiración en aquellas experiencias.

Igual que lo planteó Boris Hessen en su memorable ensayo, *Raíces scioeconómicas de los Principia de Newton* al analizar el fenómeno de los luditas, la introducción de las máquinas en la producción industrial no es el problema, el problema son las relaciones de producción en las que se integran dichas máquinas. Los resultados electorales, como el fenómeno de los destructores de máquinas, no son más que un síntoma de un problema estructural que no es cultural, que es un problema de economía política.

De la misma manera, las relaciones de producción en las que se han introducido todas las transformaciones de la actividad productiva del sector primario son las que han agudizado esa “separación” entre el campo y la ciudad, es decir, son esas relaciones de producción las que han multiplicado exponencialmente, por la mediación de las mejoras productivas, la desigualdad entre el campo y la ciudad. Pero el debilitamiento del campo es también a la postre el debilitamiento del estado. El problema es cómo se gestiona políticamente ese debilitamiento desde el Estado.

Podríamos, según esto, tomar como indicador de lo que son políticas “socialistas” o “capitalistas” (de izquierdas y derechas, si se quiere), según que conduzcan a la intensificación o a la reducción de la “distancia” entre el campo y la ciudad, es decir, de la desigualdad relativa entre clases.

La Política Agraria Común (PAC) que regula el desarrollo productivo del sector primario parece inspirada en los modelos del FMI y del Banco Mundial, tal y como los describía Joseph Stiglitz en su libro, *El malestar en la globalización*. La idea principal es financiar a los productores directamente con el fin de que ellos solos vayan generando un tejido productivo y un desarrollo local, en la línea de la conocida “economía de la filtración” que “afirma que finalmente los beneficios del crecimiento se filtran y llegan incluso a los pobres”. De este modo se evitaría, paradójicamente, la intervención directa del estado. Stiglitz señala que estas políticas aunque pueden aumentar el crecimiento económico no reducen la desigualdad. Esas políticas del FMI han sido nefastas y han provocado destrucción y miseria. En el libro de Stiglitz se pueden ver multitud de ejemplos: uno sangrante, Argentina, por ejemplo. Así como al contrario, los países que, como China, se negaron, salieron ganando.

Es un extraño modo de defender el fundamentalismo del mercado, porque se espera que “las fuerzas del mercado –la motivación del beneficio- dirigen la economía hacia resultados eficientes *como si la llevara una mano invisible*”, pero a partir de una previa inyección económica desde una instancia pública como la PAC (o el FMI, que también es interestatal). El resultado es que la separación, es decir, la desigualdad y la injusticia social no solo no disminuyen sino que siguen acrecentándose. Las políticas de la UE están generando un abandono progresivo del campo y la ocupación de tierras por parte de corporaciones energéticas, con el apoyo del estado que actúa expropiando terrenos previamente abandonados por los agricultores, en virtud de políticas basadas en la

agenda 2030. Son políticas nefastas para la nación, aunque en las ciudades nos alegremos de una bajada temporal y acaso simbólica del precio de la luz. Pero la desigualdad sigue creciendo, y con ello, el malestar social que se sufre de primera mano en el campo.

No basta con inyectar dinero a los agricultores, aunque sea mucho y tan mal repartido. Las zonas rurales son una tierra de promisión para cada nación, que el capitalismo globalizador ha volatilizado gracias a la eficacia en los procesos de transporte y comercio mundial (la telépolis de Echeverría), pero sobre todo gracias a la participación activa de los estados, a través de gobiernos ideológicamente favorables a las políticas neoliberales ahora maquilladas de ecologismo y sostenibilidad. Pero eso deja nuestras torres cimentadas sobre tierna arena. Hay que fortalecer el suelo en el que pisamos, los cimientos de nuestro estado.

Ello requiere una intervención decidida estatal, por una sencilla y obvia razón que está en el núcleo de nuestra teoría del sistema urbano: porque la vida de los pueblos, comparada con la vida de las ciudades, desde sus orígenes, ha sido, es y será siempre deficitaria, y precisamente para eso está el estado, para regular y moderar esas diferencias a través de la gestión de la riqueza nacional, no sólo de los impuestos, sino de todo aquello que permite al estado una gestión eficaz de la justicia social: una banca pública ubicada en los pueblos que dé acceso a créditos baratos, abrir las escuelas y los centros de salud, llevar a maestros, médicos, enfermeros, veterinarios, a las zonas rurales, reabrir los cuarteles de la guardia civil, revitalizar los pueblos con inversiones públicas, decididas, en lo esencial, mejorar los servicios de transporte, abrir las vías férreas irresponsablemente cerradas, restablecer y recuperar las viejas estaciones en todos los pueblos, con un plan de infraestructuras moderno y actualizado, articulándolo con las iniciativas particulares que están funcionando ya. Volver a regular la producción agraria con almacenes estatales que permitan un control de precios y un trato justo con los productores y fomentar, en definitiva, desde el estado, el desarrollo rural en todas sus dimensiones para que la separación entre el campo y la ciudad se reduzca a unas proporciones razonables.

Bibliografía

- Abad, Eleuterio, *Un viaje a Norteamérica. Sus bellezas y progreso agrícola y pecuario*, Imprenta Regina, Madrid 1929.
- Bueno, Gustavo, “Teoría general de la ciudad”, en *Ábaco*, nº 6, 1989; págs. 37-49.
- Bueno, Gustavo, *Ensayo sobre las categorías de las ciencias políticas*, Gobierno de La Rioja, Logroño 1991.
- Bueno, Gustavo, *Etnología y utopía*, Azanca, Valencia 1971.
- Bueno, Gustavo, *Nosotros y ellos*, Pentalfa, Oviedo 1990.
- Childe, Gordon, *Los orígenes de la civilización*, FCE, Madrid 1982.
- De la Torre, Enrique (ed.), *Anuario de Ferrocarriles*, Huelves y Compañía, Madrid 1927.
- Dusster, David, *Esclavos modernos. Las víctimas de la globalización*, ed. Urano, Barcelona 2006.
- Echeverría, Javier, *Los señores del aire: Telépolis y el Tercer Entorno*, Destino, Barcelona 1999.

Engels, Federico, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, ed. Fundamentos, Madrid 1982.

Harris, Marvin, *La cultura norteamericana contemporánea*, Alianza, Madrid 1992.

Hervieu, Bertrand, *Los campos del futuro*, MAPA, Madrid 1997.

Hessen, Boris, “Las raíces socioeconómicas de los Principia de Newton”, en Huerga Melcón, Pablo, *La ciencia en la encrucijada*, Pentalfa eds., Oviedo 1999.

Huerga Melcón, Pablo, Vavilov en España. *Una odisea en busca de la escanda*, Rema y Vive, Gijón 2023.

Izquierdo Vallina, Jaime, *La ciudad agropolitana. La aldea cosmopolita*, KRK, Oviedo, 2019.

Lefebvre, Henri, *De lo rural a lo urbano*, Península, Barcelona 1975.

Lévi-Strauss, Claude y otros, *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*, Cuadernos Anagrama, Barcelona 1982.

Marx y Engels, *El manifiesto comunista*, FCE, Madrid 2007.

Morales y Fraile, Eladio, “Zernograd, la ciudad del grano (por las tierras negras rusas)”, en *Revista La Technique Agricole Internationale* N. 1 — 1935-XIII

Mumford, Lewis, *Técnica y civilización*, Alianza, Madrid 1987.

Pericot, Luis, y Maluquer de Motes, Juan, *Humanidad prehistórica*, Salvat, Estella 1982.

Pirenne, Henri, *Las ciudades de la edad media*, Alianza, Madrid 1985.

Pro, Juan, *La construcción del Estado en España. Una historia del siglo XIX*, Alianza, Madrid 2019.

Ramos, Eduardo y Romero, José Juan, *Para una concepción sistemática del desarrollo rural*,

Stiglitz, Joseph E., *El malestar en la globalización*, Taurus, Madrid 2002.

Toulmin, Stephen, *Cosmópolis. El trasfondo de la modernidad*, Península, Barcelona 1990.

VVAA, *El mundo de Atenas. Introducción a la cultura clásica ateniense*, PPU, Barcelona 1988.

Gijón, a 24 de diciembre de 2024